

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Tareas de la cultura nacional [Tasks of national culture]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Castro, Nils
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-06 07:48:13
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222148

Tareas de la cultura nacional

Nils Castro

Sólo por abstracción hablamos de "la cultura" como categoría igualmente definible con relación a los hombres de cualquier época y lugar; en realidad, no hay cultura en general, como tampoco hay hombre, pueblo o nación en general. Sacadas de su propio campo de validez teórica, esa clase de categoría universalizadas puede velar la realidad antes que ayudar a explicarla, máxime cuando han sido abstraídas desde experiencias y necesidades cuya particularidad difiere demasiado de las nuestras. Las culturas son productos del laborioso quehacer y vicisitudes de pueblos concretos, e incluso la masa de coincidencias que a la postre puede recoger un acervo de conjunto lleva las marcas de los modos de producción y circunstancias históricas particulares que las promovieron.

Comunidad étnico-social

En cada pueblo, la cultura sintetiza la experiencia colectiva históricamente elaborada y, por consiguiente, se trasmite a las nuevas generaciones como paquete de normas, modelos o matrices de comportamiento, valores, conocimientos y habilidades, etc., que se consideran socialmente adecuados para ensamblar y modular la cooperación de los individuos en beneficio de la buena marcha y reproducción de la comunidad, tal como ésta se halla estructurada. Como primera aproximación, puede admitirse que una cultura, en un lugar y momento dados, es un sistema de valores materiales y espirituales históricamente producidos, que aparecen como principios, formas y resultados de la actividad humana difundidos y arraigados en determinada colectividad social a través de sus tradiciones, de la realización de modelos comunes, de sus medios de instrucción y educación, etc., y que se manifiesta en el campo de la producción material y la organización de la vida social, así como en las modalidades de la producción intelectual y artística.

En cada nuevo período, hay determinada apropiación de la experiencia y realizaciones culturales precedentes, que son reestructuradas a través de nuevas selecciones y jerarquizaciones de sus componentes, y la incorporación de nuevos instrumentos, conforme a los aprendizajes, necesidades y aspiraciones de la presente

práctica social - determinada por los reajustes y modalidades - que tome el modo de producción prevaleciente.

En la sociedad de clases, los medios de reelaboración, consagración y transmisión de la herencia cultural estarán en manos principalmente de la clase hegemónica, que compromete en ello al Estado, para establecer sus propias necesidades y concepciones culturales como cultura dominante para el conjunto de la sociedad. Papel medular en este proceso corresponde a la ideología de la clase social que lo realiza, como instancia teórica sistemática a través de la cual esta clase es más consciente de sus intereses y puede regular la expresión de los mismos en los distintos campos de su actividad. Contenida como núcleo de una cultura de clase, la ideología viene a ser así tamiz y eje ordenador - directo o mediato - de las demás manifestaciones culturales.¹

Una vez que se parte de que la cultura plasma la experiencia histórica particular de un pueblo y manifiesta los resultados e instrumentos de la misma en su fisonomía social peculiar - su personalidad colectiva -, ya no comparece como abstracción reificada, sino como conjunto de determinaciones y cualidades sociales, locales y temporales, de la sociedad que la vive y reproduce y que, a través de esa cultura, es consciente de sí misma y se identifica y preserva como tal.

Comunidad nacional

Cuando, con el advenimiento del capitalismo y las sociedades "modernas", el proceso de formación y consolidación de una cultura propia alcanza resultados relativamente homogéneos y duraderos en el conjunto de una colectividad social estable y relativamente integrada, pobladora de la extensión de un país o territorio común a sus miembros y socialmente unificado por intercambios permanentes entre la diversidad de sus asentamientos, sujetos a un centro hegemónico principal de la clase dominante, herederos de un pasado y lengua comunes e identificados por una idiosincrasia colectiva, podemos estar en presencia ya no sólo de las manifestaciones culturales de determinado pueblo, sino de una nación y cultura nacional.

¹ Estamos usando el concepto de ideología en el sentido de conciencia de clase y no en el de "falsa conciencia". Desde luego, para determinadas clases y periodos, la conciencia de clase puede ser a la vez falsa conciencia en uno u otro grado y formas. Pero lo que específicamente estamos señalando aquí no es si dicha conciencia es verdadero o falso reflejo de la realidad e intereses de la clase en cuestión, sino el hecho de que en cualquier caso la ideología de la misma cumple un papel central en la elaboración y corrección de las manifestaciones culturales de dicha clase social.

Las naciones son estructuras sociales objetivas, históricamente constituidas, de un género cualitativamente nuevo respecto a las anteriores formas de comunidad étnico-social, particularidad que las destaca respecto a las otras formaciones económico-sociales que no lo son. Con todo, también las naciones surgen con base en determinado modo de producción y en el reordenamiento de las estructuras sociales para viabilizar el desarrollo del mismo y de la correspondiente hegemonía de clase. Esto significa que el proceso de constitución de una nación como tal requiere solucionar tareas de orden socio-económico más general y no sólo las de carácter específicamente nacional, como la independencia e integridad políticas.

Para dar ejemplo de esta doble naturaleza del fenómeno, puede recordarse que en los países de Europa Occidental el proceso de unificación y consolidación de las naciones se realizó en el curso de las luchas antifeudales y la implantación del modo de producción capitalista, culminadas no sólo a través de la constitución de los Estados modernos, por medio de los cuales se sancionaba la nueva dominación de clase y el correspondiente reordenamiento económico, político y jurídico, sino también mediante su definición como poder y clase nacionales, como burguesía y Estado nacionales, carácter que no tuvieron las precedentes formaciones económico-sociales. En la mayor parte de Europa Occidental, el proceso formador de las naciones tuvo una resolución fundamentalmente interna, como revolución antifeudal burguesa a la vez que de creación del Estado unificador e independiente; sin embargo, su carácter nacional otorgaría a estas nuevas formaciones económico-sociales una condición soberana más consolidada, identificando bajo divisas comunes a explotadores y explotados en todo el radio de acción del mismo poder y legalidad, real o ilusoriamente proveedor de beneficios para unos y otros.

En otras regiones, el proceso de formación nacional ha acompañado de distintas formas al proceso de cambio o reajuste del modo de producción, apareciendo como procesos anticolonialistas, antianexionistas o antiimperialistas - lo que exalta tanto más sus rasgos nacionales -. En Estados Unidos y algunos otros países que fueron colonias manufactureras de carácter específicamente burgués, la oportuna constitución de las relaciones capitalistas promovió adecuada coincidencia de la empresa independiente y la revolución burguesa. Así como en Europa, la liquidación de las trabas impuestas por el régimen anterior - ya fueran éstas respectivamente feudales o coloniales - deparó rápido y amplio desarrollo de las fuerzas productivas correspondientes al nuevo modo de producción, en el marco de la nación unida e independiente y de su Estado nacional.

En ambos casos, una vez constituida, la nación circunscribe el escenario político en que tiene lugar el proceso social, y es en este escenario donde se definen el carácter y el ámbito de la ciudadanía, esto es, la forma de pertenencia o participación en el conglomerado social. Y puesto que las relaciones económicas y políticas burguesas rigen con relativa homogeneidad dentro de los límites nacionales, puede entenderse a la nación, en su base, como un paquete de relaciones socio-económicas y políticas que tiende a concatenar e integrar las distintas comunidades étnicas que pueblan el país, bajo la forma de una ciudadanía y conciencia comunes, que propenden a nuclear una cultura común.

Esto no quiere decir que ese proceso invariablemente se cumple de modo uniforme y simultáneo en todo el territorio involucrado. Por su carácter concreto y dinámico, incorpora desigualmente los diferentes espacios, originando zonas privilegiadas y áreas marginales, conforme a la progresiva estructuración de redes de intercambio y explotación, y de nexos y hegemonías sociales y políticas. Distintas comunidades étnicas y grupos socio-económicos pueden quedar bajo la égida del nuevo Estado sin ser igualmente partícipes del proceso nacional e, incluso, sin formar parte del mismo durante largo tiempo. Esto plantea el problema de cuáles clases y relaciones definen el carácter de la nación y su cultura, y de cuáles grupos sociales o regionales pueden quedar anexados sin expresarse a través de la misma, como pobladores marginales del territorio más que como miembros efectivos de la nación.²

Lo antes señalado para Europa Occidental difiere de lo sucedido en los países y regiones que fueron colonias en cuyo seno dominaban relaciones precapitalistas y donde el logro de la independencia política y del Estado local no estuvo ligado a la cabal superación de las precedentes estructuras socio-económicas. En estos países y áreas, que generalmente fueron objeto de modalidades de explotación más primitiva, básicamente como colonias extractivas o de plantaciones, las más de las veces la independencia no quebrantó sustancialmente las relaciones coloniales de producción establecidas en su medio interno y, por lo tanto, no abrió paso en mucho tiempo al desarrollo y generalización de un nuevo modo de producción. Esto daría lugar, en muchos casos, a que ciertos grupos sociales y comunidades regio-

² Tal es la situación, por ejemplo, de numerosos pueblos nativos o "indígenas" del continente americano, que no son partícipes del proyecto nacional fundado por los "criollos". En Estados Unidos este es el caso, además, de grandes masas inmigradas. De más está decir, por otra parte, que cuando esas minorías étnicas se incorporan de hecho al mercado interno y al modo de producción como fuerza de trabajo - lo hacen como clase social (sumándose a la clase correspondiente) y no sólo como tales minorías étnicas; en tal caso, la permanencia de sus propios rasgos culturales obstaculiza el propósito de explotaras sumisamente y puede constituir, incluso, expresión de su inconformidad social.

nales quedasen marginados del conjunto del proceso, como reservas explotables no integradas étnica ni culturalmente, lo que luego se manifiesta en su discriminación económica, étnica y cultural.

En gran parte de los países hispanoamericanos, el Estado independiente no resultó de la previa maduración interna de las relaciones burguesas, sino de que las estructuras precapitalistas fueron reajustadas para continuar funcionando sin la participación de los colonialistas, en beneficio de los explotadores nativos. En este caso faltaban aún, o pudieron ser derrotadas, las fuerzas y condiciones sociales tendientes a remplazar esas estructuras por un nuevo modo de producción. Tampoco correspondió al nuevo Estado realizar este proyecto puesto que no era todavía el Estado burgués: La debilidad de las relaciones capitalistas internas y la lentitud de su desarrollo autosostenido antes facilitarían la consolidación de nuevas formas de dependencia, capitalistas pero extranjerizadas, y el proceso constitutivo de esas formaciones nacionales quedó desigualmente concluido. Sobre esto volveremos más adelante.

Clases nacionales

En las tres vertientes antes bosquejadas, se evidencia que en determinada etapa o etapas se hace necesario integrar y consolidar la sociedad nacional, por lo menos hasta determinados límites, y que esa consolidación y unidad nacionales se realizan a través de la consolidación de una clase dominante y el predominio de su centro hegemónico. Este es el contexto incluso de la diferenciación y consolidación de las demás clases sociales, puesto que la división de la sociedad en clases se lleva a cabo en el seno de la nación, esto es, dentro del modo de producción que la fundamenta y en el que concurren tanto los explotadores como los explotados que, en ese ámbito territorial, se hallan involucrados por dicho modo de producción. Pero la clase dominante no puede cumplir su papel nacional por sí sola, sino en la medida en que sea capaz de encabezar la resolución de problemas fundamentales comunes a toda o gran parte de la sociedad y, por lo tanto, de atraer e integrar como clase dirigente la mayoría de las demás clases sociales participantes. Este es el caso, por ejemplo, de la unidad entre las tareas sociales y las tareas nacionales en la lucha por expulsar un opresor foráneo, o por liquidar las trabas que impiden liberar el desarrollo de las fuerzas productivas.³

³ Por supuesto, estas "tareas nacionales" también son tareas sociales. Aquí la distinción terminológica sólo pretende diferenciar los procesos sociales generales presentes en todas las formaciones económico-sociales - como la constitución o cambio del modo de producción -, de los procesos sociales específicamente nacionales, a través de los cuales cada formación desarrolla su particulari-

Por lo tanto, esta capacidad para consolidar la sociedad nacional implica aglutinar un bloque social policlasista estructurado con base en la lucha por objetivos nacionales compartidos, cuando, en determinados períodos históricos, la sociedad hace frente a problemas y tareas que abarcan la parte fundamental de la nación, esto es, que involucran a todas las clases y capas sociales interesadas en determinado desarrollo social y que esperan ser beneficiarias del mismo. Este bloque nacional policlasista ha de ser capaz de sumar los intereses de la mayoría de las clases fundamentales, lo que es posible en la medida en que la clase que lo encabeza sea una que, por la naturaleza de sus propios intereses, puede integrar a las demás y hacerlas mitigar las miras incompatibles con la preservación del bloque históricamente fundamental.

Evidentemente, la integración de este bloque policlasista tiene un carácter histórico, no sólo porque surge y evoluciona en determinadas condiciones y época, sino porque cambian su composición y estructura. Determinadas clases y grupos sociales dejan de formar parte del mismo y otros vienen a enriquecerlo - se ensancha su base popular -, en tanto que las relaciones de predominio o liderazgo entre dichos componentes tampoco permanecen invariables. Por consiguiente, también cambian sus manifestaciones ideológicas y culturales que, además, estarán sujetas a su propia dialéctica.

A lo que se debe añadir, naturalmente que el significado y papel de estos procesos nacionales - y el de la conciencia y cultura nacional relacionadas con los mismos - son radicalmente distintos en los países dependientes y subdesarrollados y en las metrópolis coloniales y neocoloniales, a la vez que difieren para las distintas clases sociales y núcleos regionales en cada país.

Conciencia nacional

Sin duda, el carácter y proyecciones del proceso nacional incide sobre la conformación de la conciencia y la cultura nacionales, por cuanto la clase o las clases que encabezan el movimiento nacional han de formular sus proposiciones ideológicas y culturales en términos capaces de integrar a los demás sectores. Ambas instancias participan, sin embargo, de diferente modo en este proceso. En sus aspectos más generales, la cultura de una comunidad nacional, esto es la idiosincrasia y psicología colectivas, la masa de tradiciones y costumbres, etc., está enraizada,

diferenciándose incluso de las otra constituidas con base en el mismo tipo de modo de producción.

da en todo el largo de la historia de dicha comunidad y no surge necesariamente durante las luchas por establecer las nuevas relaciones de producción, aunque luego quedará marcada por ellas. En cambio, la conciencia nacional si entra en escena con la generalización de los procesos ideológicos relacionados con el desarrollo del fenómeno nacional, en las luchas por cambiar las relaciones de producción. Y, como agente ideológico, esta conciencia tiene capacidad para reevaluar y reestructurar los demás niveles de la cultura del pueblo en cuestión, alineándola con el movimiento nacional.

En efecto, la conciencia nacional es reflejo y expresión de intereses nacionales objetivos en el seno de la formación económico-social dada, determinados por la situación en que las clases que lo promueven se hallen en el conjunto de las relaciones sociales, incluidas las relaciones internacionales. En última instancia, las relaciones de opresión o dependencia coloniales o neocoloniales, como correas de superexplotación, también son relaciones de producción - de las cuales deriva el consecuente régimen de intercambio - y quedan dentro de los dominios de determinado modo de producción y sus posibilidades evolutivas. Por lo tanto, en la nación emergente las clases sociales interesadas en modificar o liquidar esas relaciones aspirarán igualmente a la correspondencia entre sus intereses reales y conciencia de clase con la conciencia nacional.

Así, en el proceso de constitución de la nación, el papel de la conciencia nacional estará ligado a su capacidad para reflejar y expresar adecuadamente los intereses y aspiraciones de las clases nacionales, esto es, de las clases que impulsan la determinación de la sociedad como nación, así como a su capacidad para contribuir a la organización y eficacia política de esas clases. Y, en el proceso de elaboración de la cultura nacional, la conciencia nacional actúa como eje reorganizativo de la cultura anterior y de la incorporación de las nuevas experiencias y expectativas.

Ahora bien, uno de los rasgos más sobresalientes de la conciencia nacional es el de comparecer como conciencia de toda la nación, de los explotadores y los explotados. Naturalmente, la conciencia y los patrones culturales dominantes serán los de la clase o clases que desempeñan el papel hegemónico en la formación nacional. Sin embargo, antes de introducir cualquier calificativo hay que precisar los significados socio-económicos de esa conciencia y cultura. En otras palabras, compete determinar cuál es la clase rectora del modo de producción en que se fundamenta la vida económica común de la sociedad nacional - o en el que debe fundamentarse -, cuál es la clase que en la etapa dada encabeza la realización de las tareas sociales de cuya solución dependen el desarrollo común, y cuál es - o

debe ser - la clase que decide la definición de la fisonomía sociocultural común. Sin embargo, las respuestas han de considerar al mismo tiempo el significado, así como los modos de inserción y la capacidad de acción, de las fuerzas sociales - foráneas o nativas - en confrontación con las cuales se lleva a cabo el proceso nacional.

Clases no-nacionales

Para la mayoría de los países hispanoamericanos, donde el proceso constitutivo de la nación y el Estado nacional quedó inconcluso o deformado, por no haber conllevado el necesario cambio de las relaciones de producción, importa particularmente distinguir entre la clase o clases rectoras del modo de producción establecido, y las clases que encabezan las tareas de cuya solución dependen los próximos desarrollos de la sociedad nacional. Y, por consiguiente, entre la cultura "oficial" establecida y la necesidad histórica de una nueva cultura nacional.

Aquí, la debilidad de las relaciones burguesas en el momento de lograr la independencia política, se manifestó a través de una insuficiente integración nacional. Con frecuencia la materialización de la comunidad social territorial fue deficiente, ya que la sola presencia de espacio geográfico y pobladores no realiza un papel nacional sino hasta cuando es integrada por la red de intercambios y cooperaciones propiciada por un mercado interno estable y abarcador, articulador de la vida económica común. De aquí la reiteración de países que son verdaderos conglomerados de enclaves y reductos provinciales, donde coexisten dispares modalidades de distintos modos de producción, y extensas regiones no integradas a la economía y sociedad nacionales, o vinculadas como regiones y poblaciones anexadas, más que como participantes.

Esta desarticulación sería acentuada por dos factores que se hacen presentes en distintas épocas históricas pero que luego suman sus efectos. En primer lugar, la colonización y conformación de estos países se realizó mediante el sometimiento de las grandes comunidades étnicas que ya los poblaban, algunas de las cuales habían desarrollado ricas culturas. No siempre las distintas formas de genocidio colonial y poscolonial exterminaron o disgregaron estos pueblos, de modo que numerosos países del Continente conservan acentuado carácter poliétnico. El gran proyecto nacional adelantado por las clases sociales criollas y mestizas muchas veces no incluyó a estas poblaciones - que en algunos casos aún son mayoritarias - o las ha contemplado sólo como áreas de superexplotación o de reserva.

Aunque han estado en juego los principales componentes espirituales del proceso nacional, como la comunidad de historia, lengua y herencia cultural, ello no siempre ha sido realidad para toda la población, sino sólo para las clases socialmente articuladas a dicho proceso.⁴

En segundo lugar, para acentuar aquella desarticulación intervendría decisivamente el imperialismo, al subordinar a las clases gobernantes de esos mosaicos socio-económicos y étnicos, reduciéndolas a un papel de intermediarias entre sus respectivos países y los centros de poder foráneos, desnacionalizándolas, y al enlazar los más ricos segmentos de cada país directamente con el mercado metropolitano, con mayor merma de su vinculación con las otras porciones de sus propios países. En muchos casos, la unidad estatal y territorial de la nación quedó a cargo de regímenes autoritarios, orientados a subordinar el conjunto del país a la preservación de las pautas precapitalistas de explotación interna, empalmándolas con el servicio a las demandas económicas del imperialismo, bajo el poder hegemónico de una oligarquía comercial terrateniente asociada a esos intereses foráneos. Esto dejó en herencia parecidas variedades de Estados locales, a la vez mediatizados y represivos pero no nacionales, como expresión del poder de clases hegemónicas nativas pero tampoco nacionales, es decir, ajenas y opuestas al bloque policlasista que es ahora portador del proceso nacional.

Ni tales oligarquías, ni las burguesías tecnocráticas-dependientes que a veces las relevaron, son clases dirigentes capaces de integrar a los demás sectores en la realización de un proyecto nacional común ni, mucho menos, de culminar el proceso de formación nacional mediante un cambio sustancial de las relaciones de producción. Todo lo contrario, son las clases por conducto de las cuales se realizan los vínculos de dependencia neocolonial y la preservación de atrasadas relaciones de producción. Tampoco corresponde ya al desarrollo capitalista la culminación de las tareas nacionales, puesto que el propio capitalismo dependiente y las clases que lo representan sustentan el actual estado de cosas, subordinándose a un poder transnacional. La afirmación nacional, necesariamente antiimperialista, sólo puede cumplirse enfrentando a los representantes nativos del imperialismo. Por consiguiente, en los países hispanoamericanos las grandes tareas nacionales históricamente necesarias, que los regímenes oligárquicos dejaron inconclusas, ya no

⁴ De este modo, algunas campañas de "integración nacional" oligárquico-burguesas, lejos de reconocer el carácter poliétnico de los respectivos países, sólo son programas coercitivos que obligan a esas poblaciones a renunciar a sus propios intereses y atributos culturales, para incorporarlas como fuerza de trabajo barata en la explotación de los principales recursos regionales, a través de la aceptación de los valores que consagra la clase hegemónica.

pueden cumplirse sin cobrar otro contenido, pues su realización no será burguesa sino popular.

Asimismo, al nivel de las ofertas ideológicas y culturales, aquellas clases y modos de producción agotaron hace mucho sus posibilidades creativas. Igualmente intermediarias en este campo, simplemente adaptan o trasladan los modelos o productos metropolitanos, que consagran como la cultura por excelencia, a los fines de reproducir aquí los comportamientos que les corresponden. De este modo, lo que generalmente aparece como cultura nacional "oficial" es sólo una adaptación del legado de los colonialistas y neocolonialistas, que se le sobrepone al conjunto de la sociedad. Por lo tanto, hay que plantear y oponerles otra cultura, enraizada en otras bases sociales, y sólo la fusión del proceso nacional antiimperialista y del proceso de transformación social antioligárquica puede dar opción para el desarrollo de esa nueva cultura, realmente abocada al redescubrimiento y cambio de nuestras realidades. Nuestra legítima producción cultural debe estar ligada a las clases y sectores sociales interesados en profundas transformaciones sociales, de modo tal que las actividades culturales relevantes dejen de ser monopolio neocolonizante de minorías privilegiadas y pase a ser patrimonio de todo el pueblo, y contribuya a sus objetivos.

Nueva cultura

Esto significa que es prioritario intensificar y expandir el desarrollo de una nueva conciencia nacional cuyos postulados expresen los intereses y aspiraciones de las clases sociales que necesitan esta transformación de las relaciones de producción, y el desarrollo social. Esta conciencia es natural continuadora y reproductora de las tradiciones populares de lucha por la defensa y afirmación de la independencia y soberanía nacionales, y debe esclarecer nuestras necesidades y movilizar dichos sectores sociales. Pero, como conciencia nacional, es integradora de procesos ideológicos de los sectores sociales que conforman el bloque policlasista que reúne intereses y necesidades de transformación social antioligárquica y anticapitalista, y de afirmación nacional antiimperialista. Aunque en cada etapa ese movimiento es alentado por una clase o sector dirigente, su capacidad para encabezarlo está dada por el planteamiento de objetivos y métodos con los que pueden identificarse los demás sectores de semejante vocación. Por lo tanto, no debe ser reducida a la conciencia de clase particular del sector dirigente, ni identificarse con la ideología de clase de las vanguardias políticas más avanzadas, sino plante-

ar en cada momento el máximo que ya es capaz de comprender y asimilar el conjunto de ese bloque nacional policlasista.⁵

Pero lo anterior también significa que los grupos sociales y étnicos que hasta ahora han quedado al margen del proceso central han de tener los medios para participar en el mismo sin sacrificio de sus principales intereses y expresiones culturales. En las condiciones que estamos señalando, el atributo distintivo del desarrollo nacional no es la uniformación de todos sus componentes, sino su coparticipación en el esfuerzo de realizar un proyecto común. No se trata de consagrar como exclusivamente "nacional" a un núcleo paradigmático y de someter a los demás grupos sociales al cultivo de sus formas y rituales culturales, sino de promover la riqueza poliétnica de la nación, consagrando como igualmente propias las aportaciones culturales de todos los contingentes populares que concurren a conformarla.⁶

Las nuestras no son culturas homogéneas, sino híbridas, que sólo pueden desarrollarse con el concurso de múltiples intercambios de aportaciones. El enriquecimiento creativo de cada cultura nacional es posible exclusivamente cuando todos sus componentes étnicos intervienen solidariamente en la elaboración de un destino social común, que de base a que los atributos y expresiones relevantes de cada sector puedan sumarse al patrimonio común de la colectividad nacional, sin que los rasgos con los cuales se identifica un grupo dominante sean impuestos a los demás. Pero significa, así mismo, que se trata de culturas nacionales en proceso de construcción y que las convergencias y desarrollos que tienden a completarlas sólo avanzan en la medida en que progresa nuestro proceso de liberación nacional y social, es decir, en la medida en que se fortalecen y coinciden las fuerzas populares que sustentan e impulsan esa liberación.

No hay cultura nacional "a secas" y también el esfuerzo constructor de una auténtica cultura nacional - popular y antiimperialista - es alimentado por clases sociales. Esa conciencia nacional es núcleo ordenador de esta cultura, dentro de la cual hace la revisión crítica democrático-revolucionaria de la cultura tradicional neocolonial, deparada por la clase hegemónica. Esta crítica es la depuración reestruc-

⁵ En la historia de las ideas políticas, se denomina demócrata-revolucionarios a los ideólogos que expresan e impulsan ese "máximo" que el desarrollo del proceso social cada día va haciendo factible. Ello, sin embargo, no releva a cada una de las clases componentes, ni a sus vanguardias, de cumplir sus respectivas responsabilidades ideológicas.

⁶ Además de las minorías étnicas nativas o "indígenas", esto incluye a las masas inmigradas de otra procedencia, como las de origen africano o afroantillano que, con iguales derechos, también han de ser partícipes en el proyecto nacional y cultural común, al cual enriquecen con sus propias contribuciones.

turadora que se practica en nombre de los intereses verdaderamente nacionales, esto es, los intereses de las clases que reclaman transformar el modo de producción y completar la independencia y desarrollo nacionales, reconociendo la pluralidad de sus fuentes étnicas. Sus resultados pueden considerarse acertados en la medida en que desarrollen las experiencias y expresan los intereses y aspiraciones de las clases sociales comprometidas en la transformación nacional, y en que puedan orientar las acciones de esos sectores para superar a sus antagonistas y lograr sus objetivos.

Pero dicha revisión crítica y creativa se cumple dentro de una atmósfera abrumada por el influjo y la penetración ideológico-cultural que sobre cada pueblo ejercen los centros hegemónicos imperialistas. La política de penetración cultural propende a desarticular las culturas nacionales a través de la disociación de los individuos de sus intereses nacionales y de clase, para mermar la autoidentificación y capacidad de resistencia de sus pueblos, e inducir comportamientos ajenos a sus fines nacionales y sociales. Es una política de uniformación transnacional, que a todos impone valores ajenos a nuestro propio interés. Una amplia masa de estos influjos se destina a los sectores populares de menor instrucción, y una selecta porción se encamina a "educar" a los ideólogos y dirigentes dentro de los modelos e instrumentos de pensamiento, forma y temática metropolitanos, para enmarcarlos en problemas que en realidad no son los que deben ocuparlos. Se ha hecho afortunadamente usual identificar y denunciar los mecanismos y propósitos de estas penetraciones, pero su crítica permanece generalmente en el limitado campo de los sectores más instruidos y avanzados.

Sin embargo, ya no se trataría apenas de redoblar denuncias sino, capitalmente, de producir propuestas alternativas destinadas a fortalecer y radicalizar la conciencia nacional-revolucionaria de muy amplios sectores de población. Estos desarrollos nacional-revolucionarios de la conciencia y la cultura populares, empero, no se generan espontáneamente más que en formas erráticas y tardías: deben ser, por lo tanto, iniciativas sistemáticas de organizaciones populares y revolucionarias, en las que es preciso militar si queremos que nuestras respuestas surtan efectos.

Pero la difusión y arraigo de estas respuestas se acentúa dentro de un ambiente popular a la vez nacionalista y solidario, libre de chovinismos exclusivistas o aislacionistas, o de folclorismos de opereta, para que pueda identificar a sus verdaderos enemigos y asociarse fraternalmente con los otros pueblos para vencer juntos. La tendencia natural del nacionalismo de los pueblos dependientes y oprimi-

dos se identifica con la democracia revolucionaria y se orienta al socialismo, y es radicalmente distinta y antagónica del nacionalismo de las potencias imperialistas. El consecuente desarrollo de la cultura popular nacional-revolucionaria corresponde a la estrategia de autoafirmación, de desasimilación espiritual y de adecuación práctica del pueblo - como diversificada unidad nacional - a las necesidades de transformación y mejoramiento de la calidad de sus condiciones de vida. Esto sólo constituye una fuerza significativa y duradera cuando confluyen en un solo movimiento los anhelos de independencia y soberanía con los de justicia y transformación sociales; sin los segundos, los primeros se vacían.